

ella en España, para que se criasen los novicios conforme á nuestro instituto, se hizo en Simancas casa de probacion, cuyo primer rector fué el padre Bartolomé de Bustamante. Esta fué la primera casa de novicios que se hizo en Castilla, por orden del padre Francisco de Borja; mas despues se mudó á Medina del Campo, y se han hecho otras muchas en estas provincias de España. Tambien en Italia iba adelante la Compañía, y se hacian nuevos colegios en ella. El de Génova asentó el padre Lainez, favoreciéndole con mucha devocion los naturales de aquella señoría. Mas entre todos se ha señalado la liberalidad y amor de Paulo Doria con la Compañía, y en particular con aquel colegio. A la devotísima y sagrada casa de nuestra Señora de Loreto, donde por la memoria y reverencia de haberse vestido en ella de nuestra mortal carne (como piadosamente se cree) (1) el eterno Hijo de Dios, vienen en romería de toda la cristiandad, con maravillosa devocion, infinita muchedumbre de gentes, envió en este tiempo algunos de los nuestros el padre Ignacio, á instancia del cardenal de Carpi, Rodolfo Pío, protector de aquella santísima casa, para que con sus trabajos y ejemplo se conservase y acrecentase la devocion de aquel santo lugar, y la de los peregrinos que á él venian. Y viendo despues que sucedía el fructo que se habia esperado, y que cada dia iba de bien en mejor, acrecentó el Cardenal el número de los nuestros, y hase fundado en Loreto un principal colegio, que está confirmado con autoridad de la Sede Apostólica, en cuyo estado y proteccion está aquella santa casa de Loreto. Tambien crecia la Compañía en este tiempo en el reino de Sicilia; porque en Zaragoza comenzó un colegio Suero de Vega, hijo del virey Juan de Vega, que era gobernador de aquella ciudad. Y Monreal les compró casa, y hizo iglesia el cardenal Farnesio, arzobispo que entónces era de Monreal, y les dió con qué se pudiesen sustentar los que en aquel colegio morasen de la Compañía. Desde entónces quedó Sicilia provincia por sí, y hizo Ignacio provincial della al padre Hierónimo Domenech.

CAPÍTULO XI.

Del decreto que en París hizo contra la Compañía el colegio de Sorbona.

Miéntas que pasaba esto que habemos contado en España y en Italia, el mismo año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, comenzaba la Compañía á tener casas conocidas en Francia. Porque, aunque desde el principio siempre hubo algunos de los nuestros que estudiaban en la universidad de París, mas no estaban en casa aparte, como en casa de religion, ni en colegio propio, hasta que don Guillermo de Prado, obispo de Claramonte, que en Trento habia tenido grande amistad con los padres Lainez, Salmeron y Claudio Yayo, y de ellos noticia y satisfaccion de nuestro instituto, determinó de edificarnos dos colegios, el uno en su dió-

(1) Borrado el paréntesis; sigue poniéndose.

cesi, en la ciudad de Billon, y el otro en París, y así lo hizo. Para regir estos colegios, y para mirar por las cosas de la Compañía, envió á Francia Ignacio por provincial al padre Pascasio Broeth, frances de nacion, y uno de sus primeros compañeros. Pidieron los nuestros para esto, al rey Enrique de Francia, que fuese su majestad servido y tuviese por bien de recibir en su reino la Compañía, y de darle privilegio para que los de ella gozasen de la naturaleza como si hubieran nacido en Francia. Remitió el Rey este negocio al Parlamento de París. El Parlamento, por ser cosa que tocaba á la religion, mandó á la facultad de teología de París que examinase nuestro instituto, y viese con diligencia las bulas y letras apostólicas que teníamos, y que de todo hiciese relacion al Consejo, y diese su parecer. Habia en este tiempo, entre los doctores teólogos, uno que era el principal y el de más autoridad, el cual estaba sentido de los nuestros porque contra su voluntad habian recibido en la Compañía un su sobrino. Juntábase con él algunos otros doctores de diversas religiones, que cada uno por sus respetos, no favorecian mucho nuestra causa, y no faltaban otros que no se les daba nada de todo ello, ni de cualquier suceso que esta causa tuviese. Muchos habia tambien que seguian la opinion del vulgo, y los rumores que andaban sembrados por el pueblo contra nosotros públicamente, sin examinar la verdad, y nos eran contrarios, y peleaban agramente contra nuestra religion, pensando que en ello hacian servicio á nuestro Señor y que defendian la misma religion. Juntábase pues estos jueces á tratar de nuestra causa, y habido su acuerdo, hacen aquel decreto que despues publicaron. En el cual declara la facultad de teología de París lo que siente de nuestro instituto y Compañía. El cual decreto fué, ni más ni ménos, como el que la misma facultad hizo contra la religion de Santo Domingo cuando estaba en sus principios; y á la verdad, es tan riguroso, severo y ofensivo, que quien le leyere y cotejare bien lo que en él se dice con lo que en verdad pasa, verá claramente que se hizo sin tener noticia de la verdad y sin tener informacion de las cosas como ellas son. Con este decreto, los nuestros en París padecieron grande tormenta de turbaciones y tribulaciones que se les levantaron. Porque luégo que se hizo, como la cosa era fresca y los tenían presentes, todos daban en ellos: los estudiantes en sus generales, los frailes en los pulpitos, el pueblo en sus corrillos, el Parlamento en su consejo, y finalmente el Obispo en su iglesia, que parecia que todo el mundo se habia levantado contra ellos. Llegada pues á Roma la nueva del decreto, los padres más antiguos y más señalados de la Compañía eran de parecer que se respondiese á él, porque los que no estaban bien informados de la verdad, movidos con la autoridad de tan insigne facultad, no concibiesen opiniones siniestras en grave perjuicio della y de la Compañía. Y decian que no habia por qué pensar que á la facultad de París le pesase que

CAPÍTULO XII.

Cómo el padre Pedro Correa y el hermano Juan de Sosa fueron martirizados en el Brasil.

En el mismo tiempo que en Francia se hacian decretos contra la Compañía, derramaba ella por Cristo sangre en el Brasil. Porque el padre Pedro Correa y el hermano Juan de Sosa, portugueses de nacion, yendo á predicar el Evangelio á los pueblos ibirrajaros, fueron asactados de los caribes, gente bárbara y feroz, y degollados estando de rodillas en oracion. Era Pedro Correa hombre noble y valiente, el cual, ántes que entrase en la Compañía, con celo de la fe y en defensa de los cristianos, hizo grande estrago en aquellos infieles, y despues fué el primero que en el Brasil entró en la Compañía, y para alcanzar perdon de sus pecados y recompensar cuanto pudiese con buenas obras el daño que habia hecho en aquellos pueblos, se ocupaba dias y noches trabajando en traerlos al conocimiento de Jesucristo y al camino de su salvacion. Vivió cinco años en la Compañía en estos ejercicios, con grande humildad, obediencia y deseo de la perfeccion. Y el atraer á los gentiles á la fe, y el conservarlos en espíritu y devocion, no era con fervores indiscretos, sino con mucha cordura y madura y prudente consideracion, moviéndolos á bien vivir con el ejemplo y ayudándose de la lengua del Brasil, que sabia muy bien, y del uso y experiencia que tenia de las costumbres y ritos de los naturales de aquella tierra. Con lo cual fué mucho el fructo que en este tiempo hizo, hasta que el año de 1554 murió, como dicho es. El otro, que es Juan de Sosa, tambien fué de los primeros que en el Brasil entraron en la Compañía, hombre sencillo y de muy sanas entrañas, que se esmeraba en las virtudes de la penitencia, humildad y caridad. Sacóle Dios de entre los tizonos y cocina, donde servia á los hermanos, para tan glorioso fin y remate de vida como hizo. Y extendióse la Compañía tanto en aquella provincia del Brasil (1), que tenemos casas en los lugares del Salvador, de San Vicente, de Paratinga, del Espíritu-Santo, de Illeos, de Puerto Seguro, de Pernambuco y en otros algunos. Para la fundacion de los cuales, y para el gobierno de todos los nuestros que andan por aquellas partes, hizo Ignacio provincial al padre Manuel de Nobrega.

CAPÍTULO XIII.

Cómo el padre Juan Nuñez, electo patriarca, fué á Etiopia.

Al tiempo que se hacian estas cosas en el Brasil, el padre Juan Nuñez fué electo patriarca de Etiopia.

(1) En vez de esta cláusula, sustitua el padre RIVADENEIRA ésta, más circunstanciada, que tampoco se aceptó: «En la ciudad del Salvador, metrópoli del Brasil, tenemos colegio con casa de probacion, y en él se lee humanidad, filosofia y teología. En la ciudad de San Sebastian del Rio de Enero y en Olinda de Pernambuco, tenemos collegios, y ansimesmo residencias con buen número de padres y hermanos en los Illeos, Puerto Seguro, Espíritu-Santo, Paratinga, San Vicente y en otras partes.»

pia. Y para mejor entender la razon que hubo desta eleccion, es de saber que los pueblos de Etiopia son de los más antiguos cristianos que hay en la Iglesia. Porque, parte por el apóstol San Mateo, parte por aquel eunuco de Candaces, reina de Etiopia, al cual baptizó san Filipe diácono (como se cuenta en los *Actos de los apóstoles*), los etiopes en aquel tiempo fueron baptizados y recibieron la fe. Mas, ó los de aquel tiempo se quedaron en la ley de Moisés, ó si ellos la dejaron, sus descendientes la tornaron á tomar, y quisieron mezclar la puridad del Evangelio con las ceremonias del judaismo, y la ley de gracia con la observancia de la ley vieja. Porque el día de hoy se bautizan y se circuncidan juntamente, y de tal manera confunden con el judaismo la religion cristiana, que queriendo ser cristianos y judíos, en la verdad no son bien lo uno ni lo otro. El patriarca alejandrino es la cabeza á quien acuden los etiopes y van á pedir la regla de su fe, la cual no puede dejar de ser llena de muchos errores, saliendo de mano de hombre que tiene tantos, y está tan depravado con los de los griegos modernos, apartados de su verdadera cabeza y de la obediencia de la Sede Apostólica. Con la cual, por la distancia de las tierras y mares que hay en medio, y por las bárbaras naciones enemigas de nuestra santa fe que están entre ellos y nosotros, habia muchos años que los etiopes no tenian comercio ninguno ni comunicacion, hasta que la navegacion de los portugueses por la India Oriental vino á descubrir aquella parte de Etiopia que es sujeta á aquel gran rey que comunmente llaman el Preste Juan. A la cual aportaron los portugueses, y visitaron al Rey, y ganáronle la voluntad con su trato y presentes, y servicios señalados que le hicieron en paz y en guerra, de manera que abrieron puerta para que los suyos pudiesen libremente entrar en Etiopia y tener en ella todo género de comercio y contratacion. De aquí vino el Rey de Etiopia, que se decia David, á procurar la amistad del Rey de Portugal, y por su medio, y de los portugueses que le habian enseñado é instruido, vino á escribir á Clemente VII, sumo pontífice, que él reconocia y confesaba al Obispo de Roma por pastor universal de toda la Iglesia, y que como á tal, le pedia y suplicaba que pues era maestro de todos, le enviase á Etiopia padres y maestros que les enseñasen lo que de la santa fe y religion cristiana eran obligados á saber. Tambien escribió y rogó al Rey de Portugal que para con el Pontífice en cosa tan justa y santa le favoreciese. Hizo el Rey su oficio con gran calor y diligencia; mas perturbáronse los tiempos de manera, que se impidió la ejecucion de este negocio hasta el pontificado del papa Julio III. El cual, informado de todo lo que habia pasado, y juzgando que era de grande importancia, á intercesion del rey don Juan el Tercero de Portugal, se determinó de hacer patriarca de Etiopia al padre Juan Nuñez, portugues (el cual dijimos que anduvo en el reino de Marruecos rescatando los cristianos captivos), y así lo hizo, dándole grandí-

sima potestad; y juntamente hizo obispos, para que le acompañasen y le sucediesen en el patriarcado, á los padres Andres de Oviedo, castellano, y Melchior Carnero, portugues. Aceptó la Compañia estas dignidades, cuyas rentas y honrashabian de ser grandísimos trabajos y manifiestos peligros de la vida. De lo cual el sumo Pontífice se edificó y complació mucho, diciendo públicamente en consistorio que en fin bien se veía lo que los de la Compañia pretendian en este mundo, pues por una parte desechaban los capelos y obispados de tanta honra y provecho, y por otra admitian aquellos que, fuera de grandes fatigas y continua cruz, no tenian cosa con que pudiesen llevar tras sí los ojos y corazones de los hombres. Dió Ignacio al Patriarca y á los obispos otros nueve compañeros de los nuestros, y de diversas naciones, porque habia entre ellos italianos y flamencos, portugueses y castellanos; á los cuales todos el rey de Portugal don Juan recibió con grandísima benignidad, y dióles al tiempo de su partida (allende de otros ricos y reales dones) los ornamentos y todas las demas cosas que para sus oficios y ministerios pontificales eran menester. Enviólos con una gruesa armada á la India, mandando á sus gobernadores que, llegados á ella, diesen al Patriarca y á sus compañeros otra flota, y el acompañamiento necesario hasta la Etiopia, donde llegaron y fueron recibidos del rey Claudio, que habia sucedido en el reino al rey David, que en esta sazón ya era muerto.

CAPÍTULO XIV.

Cómo en una revuelta que se levantó en Zaragoza contra los nuestros, ellos se salieron de la ciudad, y cómo los volvieron á ella.

En este tiempo se levantó contra los nuestros una brava tempestad en Zaragoza, la cual quiero yo aquí contar más por extenso de lo que suelo, porque me parece que ha sido la más descubierta persecucion que hasta hoy la Compañia ha padecido, y la de más alegre fin y buen suceso. Y tanto fué más notable, cuanto la ciudad de Zaragoza, en que sucedió, es más illustre, por ser cabeza de los reinos de Aragon, y quanto la Compañia ya era en el mundo más conocida, y los que la levantaron tenían más obligacion de aplacarla, por ser personas eclesiásticas y religiosas. Tenian en la ciudad de Zaragoza los de la Compañia unas casas para su morada y para fundacion de un colegio, que los devotos y amigos de ella les habian comprado, ayudando también la ciudad. Acudian muchos de ella á nuestra casa, y aprovechábanse de la comunicacion y trato de los nuestros para el bien espiritual de sus almas. Comenzó esto á ser pesado á los padres de San Augustin (que eran entónces claustrales, y agora son observantes), aunque su casa estaba apartada de la nuestra. Y el vicario de la Magdalena tambien se alteró y congojó mucho de nuestra vecindad. Era éste sobrino del vicario general del Arzobispo, el cual era monje bernardo. Y el mismo Arzobispo, que tambien era religioso de

la órden de San Bernardo, en linaje clarísimo y en autoridad y riquezas poderoso, era tenido en opinion de sernos poco favorable. Pues como á aquellos padres augustinos les pesase tanto de nuestra entrada y asiento en Zaragoza, y el Vicario, por respeto de su sobrino, no estuviese bien con nosotros, juntaron entre sí y con ellos algunos religiosos de otras órdenes, y de comun acuerdo se determinan de hacer contradiccion á la Compañia. Buscábase alguna causa honesta que tomar por achaque de esta contradiccion. Pareció que la mejor de todas seria la de una capilla que los nuestros querian instituir y comenzar á usar en una sala de su casa, hasta que Dios les diese iglesia. Porque decian que estaba dentro de las canas (que es cierta medida) concedidas á las órdenes mendicantes para que dentro de aquel espacio no se pueda hacer allí otra iglesia ó monasterio, porque los unos religiosos no estorben á los otros, y que así era contra los privilegios de los augustinos, dados de los sumos pontífices. Procuróse de averiguar esto bien, y hallóse que no impedian sus privilegios, porque los nuestros, que nos dió despues la Sede Apostólica, derogan á los suyos, y porque en hecho de verdad no estaban en la distancia de las canas, sino que sin hacerles agravio podiamos abrir y tener nuestra capilla. Viendo pues que no podian por justicia estorbarnos, pretendieron hacerlo por fuerza. Y así, un día de fiesta por la mañana, habiendo primero dado parte de ello al Arzobispo, y mostrándole nuestras bulas y privilegios, estando bien aderezada la capilla para decir misa, y por ser la primera, habiéndose convidado á ella y venido el Virey y la gente más principal y más granada de la ciudad, al tiempo que querian salir á decir misa, se hizo á los nuestros una inhibicion de parte de un fraile claustral, que los frailes augustinos habian elegido por conservador, en la cual se mandaba que no se dijese misa en la capilla, por ser contra el privilegio de las canas de los augustinos. Y como despues de haber tomado consejo y acuerdo con hombres temerosos de Dios, letrados y prudentes, no se hiciese caso de la tal inhibicion, por ser ninguna y por otros respectos, el Vicario hizo fijar un mandato á nuestras puertas, en que mandaba á todos los rectores y vicarios de aquella ciudad que mandasen á sus feligreses, so pena de descomunión; que no oyesen misa ni los divinos oficios en nuestra capilla. Quiérase cortar razones y abreviar. Llegó la cosa á tanto, que descomulgaron públicamente á los nuestros, y les cantaron el salmo de la maldiccion, y les mataron las candelas, y les dijeron otras execraciones y maldiciones espantosas, que se suelen echar á los enemigos de Dios y de su Iglesia. De manera que la gente los tenia por hombres impios, malditos y descomulgados, y como de tales, huían de encontrarlos, ni saludarlos, ni trabar plática con ellos, porque tambien descomulgaron á los que los visitasen ó conversasen ó hablasen, y aún echaron de las iglesias públicamente, con afrenta y por fuerza, á personas muy illustres y de título, porque no ha-

bian obedecido al mandamiento del Vicario, como á descomulgados y apartados de la comunicacion de los fieles. Y en las mismas iglesias los predicadores decian mil males dellos, y el Arzobispo los condenó por su sentencia, y los conventos de las órdenes y los cabildos de los clérigos los publicaron por descomulgados, con todas las ceremonias que en estas censuras se suelen hacer más agravadas, y con toda la solemnidad que contra los rebeldes y pertinaces suele la Iglesia usar por último remedio. Púsose tambien entredicho en la ciudad, y mandóse que durase mientras los nuestros estuviesen en ella. Por donde asombrado el pueblo, huía de nosotros como de una pestilencia, y deseaba vernos fuera de su ciudad, porque ella no fuese inficionada de gente tan maldita y abominable. Mayormente andando por otra parte nuestros contrarios, como andaban, echando aceite al fuego y soplando las llamas del odio que ya ardian, haciendo creer á los ignorantes y simples que estaban ellos tambien descomulgados si nos hablaban, y poniéndoles grandes miedos con los castigos de Dios que verian sobre ellos. Y para que no faltase cosa de cuantas se podian hacer é imaginar para hacernos odiosos y aborrecibles al mundo, determinaron de encartarnos y de poner cedulones de las descomuniones por las calles y cantones y puertas de las iglesias. Y pintaron en ellas á los nuestros con sus sotanas y manteos y bonetes, tan al proprio, que todos los conocian. Y para quitar toda la duda y ocasion de error, escriben allí sus nombres, el de cada uno sobre su figura. Junto á ellos pintan demonios de espantosas y horribles figuras, que los arrebataban y echaban en las llamas de fuego, y escribenles nombres infames y afrentosos, y otras muchas cosas que no se hacen sino con los que obstinadamente menosprecian la correccion y autoridad de la Iglesia. Y pasó aún más adelante la desvergüenza y ciega temeridad, que pintaron desta misma manera á don Pedro Augustin, obispo de Huesca, varon illustre y de grande autoridad en aquella ciudad, porque era conservador de los de la Compañia. Los nuestros estábanse en su casa, mas no por esto estaban seguros. Porque los muchachos venian en cuadrillas á nuestra casa, y apedreaban las puertas, los tejados y las ventanas, y hundian á gritos las calles; y si por alguna necesidad que á ello forzase salia alguno de casa, le silbaban los muchachos y le corrian por las calles, y iban gritando tras él como tras un aborrecible monstruo. Mas aunque el vulgo así los trataba, los hombres prudentes y que miran las cosas como son, tenian éstas por muy pesadas y indignas de hombres cristianos, porque no habia dado la Compañia causa para ser así perseguida. Pero aunque les parecia mal lo que se hacia, con todo eso, no osaban ir contra la autoridad y potencia del Arzobispo, ni oponerse al desatino y furor del pueblo, ni amonestar á los religiosos de lo que debian á su profesion, ni reprehender á los sacerdotes del alboroto tan extraño que habian levan-

tado en el pueblo. El cual era el que atizaba y solaba con sus voces el fuego y le hacia crecer de manera, que no bastaba el agua que echaban los cuerdos, ni los otros remedios que se tomaban para poderle apagar. Estaban los caballeros de nuestra parte, los ciudadanos honrados lloraban lo que veian, favorecian la verdad y razon, mas no podian, como deseaban, defenderla. Aunque, como un dia que estaban muchos caballeros jugando y viendo jugar á la pelota, se sonase que habia venido á nuestra casa un golpe de gente perdida y armada para matar á los nuestros, en llegando esta voz á los que jugaban, luégo al momento dejaron el juego, y medio desnudos como estaban, vinieron corriendo, con sus espadas en las manos, á nuestra casa por defenderla y ampararla, y resistir y refrenar con su presencia, y con las armas si fuese menester, el impetu y furor de la gente popular. Viendo pues los nuestros puesta en armas la ciudad contra sí, y que corria peligro de crecer cada dia más el alboroto, y que el Arzobispo disimulaba con el fuego que metia el Vicario y augmentaban los religiosos, y con lo que el vulgo por su parte furiosamente atizaba, y que de tanta y tan grande confusion y turbacion de ánimos no podia suceder sino algun gran mal, quisieron excusarle. Especialmente considerando que no habia bastado para amansar ni sosegar tan grande tempestad, ni la autoridad apostólica del legado del Papa, ni la real, que tambien interpuso la serenísima princesa doña Juana, hija del emperador Carlos V, gobernadora que entónces era de las Españas, ni otro buen medio que se hubiese tomado. Y así se determinaron de hacer lo que en semejante aprieto se lee haber hecho en Constantinopla san Gregorio Nacianceno, y salirse de aquella ciudad, que aunque sin culpa ninguna suya, por su causa veian alborotada. Vienen pues con este acuerdo al Ayuntamiento; habló allí uno de los nuestros en su nombre y de sus compañeros, y diceles cómo ellos habian venido á la ciudad de Zaragoza, á ruego de algunos de los principales della y por orden de sus superiores, y que todos los años que habian vivido en ella habian procurado con todas sus fuerzas de guardar, con la divina gracia, el instituto de su religion, y conforme á él, emplearse de dia y de noche en servir y ayudar espiritualmente á todos cuantos se habian querido aprovechar de su pobre trabajo, sin dar jamas ocasion á nadie de poderse quejar justamente de ellos, ni escandalizarse. Que les pesaba de no haber trabajado con tanta diligencia y suficiencia como eran obligados. Aunque á lo ménos, la fidelidad que á su ministerio debian, y la voluntad y deseo de servir á todos, nunca les habia faltado. Mas que por no ser todos los hombres de un gusto, ni todos tener en las cosas un mismo parecer, no habia sido este su deseo aprobado de muchos, que habian levantado aquella polvareda, y con ella cegado á tantos. Y que pues la cosa habia llegado al estado que veian, que nunca Dios quisiese que por ellos se desasosegase y alborotase

aquella ciudad, á la cual ellos habian venido á servir con todas sus fuerzas. Porque no es, dice, Dios, Dios de disension y de discordia, sino de paz. Así que, si por nosotros, se ha levantado esta tormenta, veisnos aquí, señores; tomadnos y echadnos en la mar; que nosotros, cuanto es de nuestra parte, con todos queremos tener paz; la paz buscamos y tras la paz andamos, y esperamos en Dios que donde quiera del mundo que vamos la hallaremos, y que no nos faltará ocasion ni lugar para emplear en servicio de las almas este pequeño talento que su divina Majestad nos ha encomendado. Hé aquí las llaves de nuestras casas. La razon por que nos despedimos de vuestra ciudad es, porque alguna raíz de amargura no brote de manera, que ahogue la caridad, y con ella se pierdan las almas que Cristo nuestro Señor compró con su sangre. Poco se pierde en perder un asiento y una ciudad, mas mucho en perder la caridad. Y por no aventurarla y poner en peligro cosa que tanto importa, contra toda nuestra voluntad, nos desterramos desta tierra. Mas, si no vivimos engañados, no nos desterrais, señores, de vuestra memoria ni del amor tan entrañable y tan cristiano y tan liberal como siempre nos habeis mostrado, y como tal le conocemos y nos acordaremos dél. No tenemos con qué pagar este amor, ni los beneficios tan crecidos que nacieron dél; mas si tomais en pago las oraciones y sacrificios destes pecadores, os ofrecemos que ni seremos desconocidos ni malos pagadores. Porque do quiera que estuviéremos, siempre suplicaremos al Padre de los pobres que el bien que á nosotros, sus pobres, habeis hecho por su amor, él le galardone con vida perdurable y sin fin. Una cosa sola os suplicamos, como á personas públicas, y que representais, no solamente esta nobilísima ciudad, mas todo el reino, del cual ella es cabeza, que nos perdoneis las muchas faltas que en vuestro servicio y de vuestras almas hemos hecho, y que tengais por buena esta nuestra resolucion, y penseis que aunque mudamos el lugar, no mudamos la voluntad; ántes vamos aparejados para tornar de nuevo á trabajar y á servirlos cuando hubieren pasado estos fiublados, como esperamos que pasarán muy en breve, por la misericordia del Señor, que tras la tempestad siempre suele enviar bonanza. A esto respondió la ciudad, con breves palabras, que el alboroto del pueblo les habia dado tanto pesar, quanto la voluntad de los nuestros les daba contento. Y que claro estaba de dónde nacia el tumulto, y quién daba al pueblo las piedras y escondia la mano. Que la Compañía hacia como quien era y conforme á su nombre, en dar tanto ejemplo de humildad y de concordia, para no ser de ménos admiracion á la ciudad con su salida, que le habia sido de provecho con su estada. Que ellos ternian memoria deste nuevo beneficio, y darian dentro de pocos dias á entender lo mucho que á los padres de la Compañía estimaban. Saliéndose, pues, de su ayuntamiento los nuestros, algunos de los jurados se vinieron con ellos á nuestra casa, entran en ella, ven

por vista de ojos nuestra pobreza, y prueban por la obra ser falso lo que en el pueblo se habia publicado, que los nuestros vivian con mucha superfluidad y regalo, y no faltó quien, por haberlo creído ligeramente, les pidió perdon de su ligereza y engaño. Hicieron inventario de las pocas alhajas que habia en casa, y acompañan á los padres. A la despedida ofrecieron dineros para el camino; mas ellos se lo agradecieron y no los quisieron recibir. Salidos de Zaragoza, fuéronse á un pueblo llamado Pedrola, que es del Duque de Villahermosa, para aprovechar allí á los moriscos y á la otra gente con su doctrina. Echado que fué Jonas del navío en la mar, se sosegó la tempestad. Porque con verlos idos de la ciudad se aplacó mucho el furor de los contrarios, y fueron ablandando de su rigor, y por el contrario, los amigos de la Compañía cobraron mayor ánimo. Las cabezas y ministros de la persecucion comenzaron á temblar, atormentándolos por una parte el miedo que tenían del castigo que les habia de venir por tanto atrevimiento, y por otra el remordimiento de su propia conciencia, la cual los acusaba fuertemente (como cruel verdugo que suele ser), conociendo que habian pasado más adelante en este negocio de lo que la justicia y la verdad de la religion cristiana pedia. Y por abreviar (porque, como dice el refran, siempre son más acertados los postreros consejos), el Arzobispo de Zaragoza, mirándolo mejor, revocó sus mandamientos, y hizo publicar por las iglesias otros edictos, declarando las gracias y facultades que la Compañía tiene de la Sede Apostólica. Envióse un mensajero á los nuestros para que luégo se vengán á la ciudad, y aparéjanles un solemne recibimiento. Lo cual como supieron los nuestros, detuvieronse, y no quisieron pasar adelante, ni entrar en la ciudad, hasta enviar á suplicar humildemente á algunos señores que lo trataban, que no los recibieran de aquella manera, ni les hagan tan grande pesar. Porque sin duda seria mayor el dolor y pena que recibirian desta honra, que no habia sido el gozo de la deshonor pasada, aunque éste habia sido muy grande, por haber nacido del padecer por amor de Dios. Tres veces fueron y volvieron los recaudos de la una parte á la otra, y no bastaron ruegos, ni todos los medios que se tomaron, para que aquellos señores mudasen su parecer. Porque decian que las afrentas públicas hechas sin razon, con honras públicas se habian de satisfacer. Y en fin, compelidos por la obediencia de quien les pudo mandar, vanse los nuestros hácia la ciudad, y salenles á recibir á la puerta della que se llama el Portillo, todos los magistrados y oficiales reales y señores más illustres, y la flor de la caballería que en ella habia, y grandísima muchedumbre del pueblo, y el mismo vicario del Arzobispo. Y que quisieron que no, toman á cada uno dellos en medio dos de los más principales caballeros, y en sus mulas los llevan por las calles más públicas á sus casas. Allí los estaban esperando el Virey é Inquisidor. Y acabada la misa, que dijo don Pedro Au-

gustin, obispo de Huesca (el cual, y micer Augustin del Castillo, varon muy grave, letrado y prudente, fueron singulares defensores de la Compañía en aquella persecucion), les dieron la nueva posesion de sus casas, con increíble alegría de los buenos. Este fué el fin que tuvo aquel trabajo y persecucion de Zaragoza, y desde entónces ha ido aquel colegio tan adelante, y ha sido siempre tan amado y favorecido, que ha bien mostrado aquella ciudad que no era culpa suya el alboroto pasado, sino del vulgo ignorante. Y fué este suceso muy conforme á las esperanzas de Ignacio. El cual, cuando supo lo que pasaba en Zaragoza, se consoló extraordinariamente, y con particular alegría dió á entender que cuanto mayores fuesen las heladas y contradicciones, tanto mayores y más fuertes serian las raíces que echaria, y más copioso y sabroso el fruto que haria esta nueva planta de la Compañía en Zaragoza.

CAPÍTULO XV.

Cómo la Compañía fué recibida en los estados de Flándes, y se acrecentó con varios colegios que se hicieron en muchas partes.

La vuelta de los nuestros á Zaragoza con tanta honra, quitó la mala sospecha que en España habia causado su salida, y sacó Dios de aquella persecucion lo que siempre ha sacado de las demas que por él se pasan, que es su mayor gloria, y el conocimiento y más cierta victoria de la verdad. Y así, no solamente no recibió menoscabo ninguno el buen nombre de la Compañía por ella, ántes quedó más confirmado y asentado en los corazones de todos los buenos. De aquí vino que en aquel mismo tiempo se fundaron algunos colegios. El primero fué en Murcia por el obispo de Cartagena don Estéban de Almeida. El segundo en Galicia, en Monterey, por el conde de aquel estado. Y otro en Ocaña, por el beneficiado Luis de Calatayud. Y en el Andalucía, por doña Catalina Hernandez de Córdoba, marquesa de Pliego, se fundó otro en Montilla. Porque fué tanta la devocion y religion desta señora, y el amor que tenia á la Compañía, que no perdía ocasion ninguna de favorecerla y acrecentarla, de manera que parecia que tenia tanto cuidado de las cosas della como de las suyas propias. En Flándes tambien y en Alemania crecia y se extendia la Compañía. Porque desde el año de mil y quinientos y cuarenta y dos, que salimos de Paris (como arriba se dijo), siempre residieron en Flándes algunos de la Compañía; los cuales en Lovaina tenían por rector al padre Adriano de Adriano, y en Colonia al padre Leonardo Kessel, y estudiaban allí, y se ejercitaban siempre en obras de caridad y en ganar gente para Dios y para la Compañía. Y en la ciudad de Tornay comenzó ella á ser conocida por medio de los padres Bernardo Olivario y Quintino Charlat. Los cuales eran muy amados y venerados en aquella ciudad, en la cual deseaban mucho ver de asiento la Compañía, y otros muchos seguir su instituto, no sin gran dolor y

sentimiento de los herejes, que ya entonces la ponzoña de su venenosa doctrina, derramada por muchas partes, iba cundiendo cada día más. Lo cual como Ignacio considerase y desease que el fruto fuese de dura y con el orden que convenia, determinó de enviar al padre Pedro de Rivadeneira, para que comunicase y declarase las constituciones de la Compañía á los nuestros en Flándes, y para que suplicase al Rey Católico de España, don Felipe II (que estaba en aquellos estados) que diese licencia para que la Compañía pudiese ser recibida y tener casas y colegios en ellos. Porque, segun los privilegios y ordenanzas dellos, ninguna nueva religion puede allí entrar, ni se pueden fundar nuevos monasterios y casas sin particular privilegio y licencia del Príncipe. Alcanzó Rivadeneira de su majestad (aunque con gran contradiccion de muchos) la aprobacion de la Compañía, y la facultad que pedia para edificar colegios en aquellos estados. Ayudó para esto, y para otras cosas del divino servicio y acrecentamiento de la Compañía, el singular favor que le dió don Gomez de Figueroa, entonces conde y despues duque de Feria, el cual, con su valor, autoridad y prudencia, venció todas las dificultades y allanó el camino para que los nuestros entrasen y tuviesen asiento en aquella provincia. De la cual nombró Ignacio por provincial al padre Bernardo Oliverio, al cual fué nuestro Señor servido de llevarle para sí antes que pudiese servir en su oficio. Esto es lo que pasaba en la baja Alemania; mas no ménos en la alta se iba tambien extendiendo la Compañía. Porque en este mismo tiempo, por orden del sumo Pontífice, el padre maestro Salmeron fué el primero de los nuestros que llevó á Polonia el nombre de la Compañía, y tambien se fué acrecentando el colegio de Ingolstadio. Y el rey de romanos, don Fernando, visto el fruto que en Viena hacia el colegio de la Compañía, fundó otro insigne colegio en la ciudad de Praga, metrópoli y cabeza de su reino de Bohemia, para que fuese como un baluarte contra los husitas y wiclefistas y otras sectas de herejes que están muy arraigadas en aquel reino. Fué á dar principio á este colegio el padre Pedro Canisio, que fué nombrado de Ignacio por provincial de la alta Alemania. Tambien se dió principio en Italia al colegio de Sena, por medio del cardenal don Francisco de Mendoza, gobernador que era de aquella ciudad y estado; á cuyo ruego envió Ignacio cuatro de los nuestros á Sena, para que la consolasen y recreasen, que estaba, con las ruinas de la guerra pasada, puesta en miserable trabajo. Y en Bivona de Sicilia, doña Isabel de Vega, hija del virey Juan de Vega y duquesa de aquel estado, nos edificó un hermoso colegio y le dotó de ciertas raices y posesiones. Y su hermano, Fernando de Vega, estando en el gobierno de Catania, llevó á los nuestros á aquella ciudad, y con la autoridad de su padre y la liberalidad del pueblo hizo fundar en ella otro colegio. Porque fué tanta la benevolencia destes señores, y tanta su devocion para

con nuestra religion, que parece que padre y hijos andaban á porfia sobre quién haria más por la Compañía.

CAPÍTULO XVI.

Cómo Ignacio pasó desta presente vida.

Este era el estado de la Compañía cuando Ignacio, cargado ya de años, rodeado de enfermedades, afligido por la turbacion de los tiempos y de las nuevas calamidades de la Iglesia, y abrasado de deseo de verse con Cristo, con grandes lágrimas y vehementes sospiros comenzó á pedir al Señor que fuese servido sacarle deste destierro y llevarle á aquel lugar de descanso, donde con la libertad que descaba pudiese alabarle, y gozar de su bienaventurada presencia entre sus escogidos. Porque, aunque con el esfuerzo del alma sustentaba la flaqueza del cuerpo, y llevaba con gran paciencia y constancia las molestias desta peregrinacion, conformándose en todo con la voluntad divina, pero tenía un deseo tan encendido de ver á Dios y gozar dél, que no podia (como arriba dijimos), de puro gozo, pensar sin lágrimas en su tránsito. Estaba en aquel tiempo Roma llena de soldados, por la guerra que habia entre Paulo IV y el rey Filipo, y no se oia otra cosa en la santa ciudad sino atambores y pífares y ruido de arcabuces y artilleria, y toda la gente estaba llena de pavor y sobresalto. Por no ver esto de tan cerca, y por llorar más á sus solas tan grande calamidad, salióse por unos pocos dias á una casa del campo, un poco apartada de lo poblado de Roma. Allí, con los aires malsanos y con los calores recios del estío, comenzó á hallarse peor que solia, y conociendo que ya se llegaba el término de sus trabajos (como algunos meses ántes lo escribió á doña Leonor Mazcarenas, despidiéndose della y diciéndole que aquella seria la postrera carta que le escribiria, y que él desde el cielo la encomendaria más de véras á Dios), se volvió á la casa de Roma. Habia en casa á la sazón muchos enfermos, á los cuales visitaban los médicos, no haciendo caso de la enfermedad de Ignacio, por parecerles que era la ordinaria y sin peligro. Mas él, que mejor que los médicos sabia lo que nuestro Señor queria hacer dél, habiéndose comulgado dos dias ántes, á los treinta de Julio, á las tres de la tarde, llamó al padre Juan de Polanco (del cual se habia ayudado nueve años enteros en toda suerte de negocios, en el gobierno de la Compañía), y tomándole aparte, estando él descuidado de lo que le queria, le dice con grandísimo sosiego: «Maestro Polanco, ya se llega la hora de mi partida deste mundo; id á besar el pié á su Santidad en mi nombre, y pedidle su bendiccion, y con ella, indulgencia plenaria de mis pecados, para que yo vaya más confiado y consolado en esta jornada; y decid á su Beatitud que si yo (como lo espero de la infinita misericordia de mi Señor) me viere en el monte santo de su gloria, no me olvidaré de rogar por su Santidad, como lo he hecho siempre, aun cuando he tenido necesidad de

rogar por mí.» Envióle el sumo Pontífice la bendiccion con grandes muestras de dolor y de amor; mas no sabian los padres que á la sazón estaban en la casa de Roma, qué hacer en un caso tan dudoso. Porque por una parte la enfermedad no parecia grave, y los médicos, habiéndole visitado, mostraban no tener peligro, y el mismo padre Ignacio no hacia novedad en su manera de trato; ántes aquella misma noche, con el mismo semblante y alegría que acostumbraba, trató con los nuestros un negocio que se ofrecia. Por otra parte les ponía en cuidado las palabras que el mismo padre habia dicho al maestro Polanco, y el haber enviado á despedirse de su Santidad, pidiéndole su bendiccion; lo cual les parecia que no podia ser sin gran fundamento, y sin grandes prendas de Dios y certidumbre de su muerte. En fin, despues de haber consultado el negocio, se determinaron de aguardar á la mañana siguiente, para tomar mejor acuerdo en lo que se hubiese de hacer. Vuelven en amaneciendo, y hállanle casi espirando; quieren darle un poco de sustancia, y díceles: «Ya no es tiempo deso»; y levantadas las manos, y los ojos fijados en el cielo, llamando con la lengua y con el corazón á Jesus, con un rostro sereno, dió su alma á Dios, postrero dia de Julio de mil y quinientos y cincuenta y seis, una hora despues de salido el sol. Hombre verdaderamente humilde, y que hasta en aquella hora lo quiso ser, y acertó á serlo. Pues que sabiendo, como supo, la hora de su muerte, ni quiso él, como pudiera, dejar nombrado vicario general, ni llamar á sí, ni juntar sus hijos los que presentes estaban, ni amonestarlos, ni exhortarlos, ni hacer otra demostracion de padre, echádoles su bendiccion, para enseñarles con este hecho que ellos pusiesen todas sus esperanzas en Dios, y de Dios dependiesen, y pensasen que él ni se queria tener por nada, ni pensaba que habia sido nada en la fundacion de la Compañía. Cosa que aunque parece diferente de lo que algunos otros fundadores de religiones han hecho, no lo es del espíritu con que lo hicieron, y así no se debe tener por contraria. Porque él Señor, que á ellos les dió el espíritu de caridad para hacer las demostraciones de amor que con los suyos entonces hicieron, ese mismo quiso dar á su siervo Ignacio el de la profunda humildad que tuvo, para no hacer ninguna en aquella hora. Mas, con todo esto, sintieron bien sus hijos el favor que de su padre muerto, ó por mejor decir, verdaderamente vivo, les venia. Porque de su tránsito se siguió luego en toda la Compañía un sentimiento de suavísimo dolor, unas lágrimas de consuelo, un deseo lleno de santa esperanza, un vigor y fortaleza de espíritu, que se veia en todos. De manera que parecia que ardian con unos nuevos deseos de trabajar donde quiera, y padecer por Jesucristo. Varon por cierto valeroso, y soldado esforzado de Dios, el cual con particular providencia y merced envió su Majestad á su Iglesia, en estos tiempos tan peligrosos, para ir á la mano á la osadía de los herejes, que se rebelaban y hacian

guerra á su madre. Vese ser esto así claramente, porque, si bien lo consideramos, hallaremos que Ignacio se convirtió de la vanidad del mundo á servir á Dios y á su Iglesia al mismo tiempo que el desventurado Martin Lutero públicamente se desvergonzó contra la religion católica. Y cuando Lutero quitaba la obediencia á la Iglesia romana, y hacia gente para combatilla con todas sus fuerzas, entonces levantaba Dios á este santo capitán para que allegase soldados por todo el mundo, los cuales con nuevo voto se obligasen de obedecer al sumo Pontífice, y resistiesen con obras y con palabras á la perversa y herética doctrina de sus secuaces; porque ellos deshacen la penitencia, quitan la oracion é invocacion de los santos, echan por el suelo los sacramentos, persiguen las imágenes, hacen burla de las reliquias, derriban los templos, mofan de las indulgencias, privan á las ánimas de purgatorio de los pios sufragios de los fieles, y como furias infernales turban el mundo; revolviendo cielo y tierra, y sepultando, cuanto es de su parte, la justicia y la paz y la religion cristiana. Todo lo contrario de lo cual enseñó Ignacio y predicaron sus hijos, exhortando á todos á la penitencia, á la oracion y consideracion de las cosas divinas, á confesarse á menudo y comulgarse con devocion, á reverenciar y acatar las imágenes y reliquias de los santos, y aprovecharse á sí y á los fieles difuntos con las indulgencias y perdones sacados del riquísimo tesoro de los merecimientos de la pasion de Jesucristo y de sus santos, que está depositado en su Iglesia, en manos de su vicario. Finalmente, todos los consejos, pensamientos y cuidados de Ignacio tiraban á este blanco, de conservar en la parte sana, ó restaurar en la caída, por sí y por los suyos, la sinceridad y limpieza de la fe católica, así como sus enemigos la procuran destruir. Depositóse su cuerpo en un bajo y humilde túmulo, el primer dia de Agosto, á la mano derecha del altar mayor de nuestra iglesia de Roma. Murió á los sesenta y cinco años de su vida, y á los treinta y cinco de su conversion, el cual tiempo todo vivió en suma pobreza, en penitencias, peregrinaciones, estudios de letras, persecuciones, cárceles, cadenas, trabajos y fatigas grandes; lo cual todo sufrió con alegre y espantosa constancia, por amor de Jesucristo, el cual le dió victoria y hizo triunfar de todos los demonios y adversarios que le procuraban abatir. Vivió diez y seis años despues de confirmada la Compañía por la Sede Apostólica, y en este espacio de tiempo la vió multiplicada y extendida casi por toda la redondez de la tierra. Dejódole provincias asentadas, que son las de Portugal, de Castilla, de Andalucía, de los reinos de Aragon, de Italia, que comprende la Lombardia y Toscana; la de Nápoles, de Sicilia, de Alemania la alta, de Alemania la baja, de Francia, del Brasil, de la India Oriental, y en estas provincias habia entonces hasta cien colegios ó casas de la Compañía.

CAPÍTULO XVII.

De lo que muchas personas graves, de dentro y fuera de la Compañía, sintieron del padre Ignacio.

El día que murió nuestro padre Ignacio estaba el padre maestro Lainez malo en la cama, y casi desahuciado de los médicos, de una recia enfermedad. Entraron á visitarle luego que murió Ignacio algunos de los padres, y queriéndole encubrir su muerte por no darle pena, él la entendió, y preguntó: «¿Es muerto el Santo, es muerto?» Y como en fin le dijese que sí, la primera cosa que hizo fué levantar las manos y los ojos al cielo y encomendarse á él, y suplicar á nuestro Señor que por las oraciones de aquella alma pura de su siervo Ignacio, que él había recogido aquel día para sí, favoreciese á la suya y la desatase de las ataduras de su frágil y miserable cuerpo, para que pudiese acompañar á su padre y gozar de la bienaventuranza que él gozaba, como de su misericordia se había de esperar. Aunque sucedió al revés, que nuestro Señor le dió la salud, para que en lugar de Ignacio despues gobernase la Compañía, alcanzándosela (como se creyó) el mismo Ignacio por su intercesion; el cual mucho ántes le había dicho que él le sucedería en el cargo de prepósito general. Y no es maravilla que el padre maestro Lainez, estando en aquel trance, se encomendase á Ignacio ya muerto de la manera que se le encomendó, pues áun cuando vivía tenía dél tan grande estima y concepto. Porque muchas veces, me acuerdo que hablando conmigo (1) de lo mucho que Dios nuestro Señor había favorecido la Compañía, multiplicándola y extendiéndola por todo el mundo, y amparándola y defendiéndola con su poderosa mano de tantos encuentros y persecuciones, y dándole gracia para fructificar en su santa Iglesia, solía decir estas palabras: *Complacuit sibi Dominus in anima servi sui Ignatii*; que quieren decir: Complacido sea el Señor y agrado en el ánima de su siervo Ignacio; dándome á entender que por haberse agrado el Señor en tan gran manera de su alma, regalaba y favorecía tanto á sus hijos. Y el mismo padre, cuando fué la primera vez enviado del papa Paulo III por su teólogo al concilio de Trento, deseó y procuró mucho que nuestro padre Ignacio fuese á él, no para disputar con los herejes, ni para averiguar ni determinar las cuestiones de la fe, sino para ayudar á sustentar (como él me decía) el mismo concilio con sus oraciones para con Dios, y con su gran prudencia para con los hombres. Y el mismo padre Lainez, con tener al padre maestro Fabro en un punto muy subido, y en figura de un hombre muy espiritual y soberano maestro de regir, consolar y desmarañar almas (como verdaderamente lo era), me decía que aunque mirado por sí le parecía tal el padre Fabro, pero que pues-

(1) Borraba RIVADENEIRA esta palabra por modestia; pero hicieron bien en no aceptar la enmienda, que desvirtuaba el original. Al mismo tenor borraba todo lo que se refería á su persona, como testigo ocular.

to y cotejado con Ignacio, le parecía un niño que no sabe hablar delante de un viejo sapientísimo. Y cierto no le hacía agravio, y el mismo Fabro lo conocía y como á tal le escribía, dándole cuenta de las cosas interiores de su alma, y preguntándole las dudas que tenía, y estando colgado de sus respuestas como un niño de los pechos de su madre, y poniendo por dechado y ejemplo de toda perfeccion á Ignacio en sus cartas, exhortando á los que le pedían consejo que le imitasen y siguiesen si querían en breve alcanzar la perfeccion. Y pues he entrado en decir lo que estos padres sentían de Ignacio, quiero añadir algunos otros de gravísimo testimonio. El padre Claudio Yayo, viviendo áun Ignacio, estando muy apretado de un gravísimo dolor de estómago, yendo camino, y hallándose sin ningun humano remedio, se volvió á nuestro Señor, suplicándole por los merecimientos de Ignacio que le librase de aquella congoja y fatiga, y luego fué libre. Otro tanto aconteció al padre Bovadilla, despues de muerto Ignacio, en una calentura muy recia que le saltó, de la cual le libró Dios por las oraciones de Ignacio, á quien él se encomendó. El padre Simon Rodriguez, ya sabemos que por las oraciones de Ignacio alcanzó la vida de la manera que en el capítulo nono del libro segundo desta historia habemos contado. Y así tuvo dél el concepto que de hombre por cuya mano recibió tanta misericordia de Dios se ha de tener. El padre Francisco de Borja, nuestro tercero general, y espejo de humildad y de toda religion, decía de Ignacio que *loquebatur tamquam potestatem habens*, y que sus palabras se pegaban al corazón, y imprimían en él lo que querían. Sería nunca acabar si quisiese andar por los demas y contar lo que cada uno de los más señalados y eminentes padres de la Compañía, vivos y muertos, que le trataron y conversaron más, sentían y predicaban de la virtud y santidad de Ignacio. Uno no puedo dejar, que es el padre Francisco Javier, varon verdaderamente apostólico, y enviado de Dios al mundo para alumbrar las tinieblas de tantos infieles ciegos, con la luz esclarecida del Evangelio, y tan conocido y estimado por las obras maravillosas y milagros que nuestro Señor obró por él. Decía, pues, aquel japon llamado Bernardo, del cual hablamos en el capítulo séptimo del libro cuarto (como él mismo refería), que le solía decir el padre Francisco, hablando de Ignacio: «Hermano Bernardo, el padre Ignacio es un gran santo», y como á tal el mismo padre le reverenciaba. Y para mostrar la devocion y veneracion que le tenía, muchas veces cuando le escribía cartas se las escribía de rodillas, pediale instrucciones y avisos, desde allá de la India, de cómo se había de haber para convertir los infieles, y dicele que se los pide porque nuestro Señor no le castigue por no haberse sabido aprovechar de la luz y espíritu de su padre y maestro. Y contra todas las tempestades y peligros se armaba, como con escudo y arnes, de la memoria y nombre é intercesion de Ignacio, trayendo al cuello su firma y nombre,

de mano del mismo padre, y los votos de su profesion. Y porque no sean todos los testigos domésticos y de dentro de casa (aunque éstos son los más ciertos), diré tambien algunos pocos de fuera, de autoridad singular. El papa Marcello fué devotísimo de nuestro padre, y estimaba tanto su parecer en todas las cosas, pero especialmente en las que tocaban á nuestra Compañía, que decía que montaba más en ellas sola la autoridad del padre Ignacio y lo que él sentía, que todas las razones que en contrario se podían alegar, como queda contado. El rey de Portugal, don Juan el Tercero, como fué siempre desde sus principios señaladísimo protector de la Compañía, así tuvo gran cuidado de saber sus cosas con particular devocion á nuestro padre; y así, yendo á Roma el padre Luis Gonzalez de Cámara (que había sido confesor del principe don Juan su hijo), le mandó que estuviese muy atento á todas las cosas del padre Ignacio, y que se las escribiese muy en particular, y con ellas su parecer. Hizolo así el padre Luis Gonzalez (como él me dijo), y despues de haberlo bien notado y examinado todo, escribió al Rey que lo que él podía decir á su alteza acerca de lo que le había mandado, era, que el rato que atentamente estaba mirando al padre Ignacio era de grandísimo provecho para su alma, porque sólo su compostura y aspecto le encendía y abrasaba notablemente en el amor de Dios. Don Gaspar de Quiroga, que hoy día vive y es cardenal y arzobispo de Toledo é inquisidor general, tuvo muy estrecha amistad con nuestro padre Ignacio en Roma, y trató con él varios y arduos negocios, y nunca acaba de loar la religion y santidad y prudencia grande que dice que tenía, con una uniformidad y un mismo semblante en todas las cosas, prósperas y adversas, y esto en grado tan subido, que en ningun hombre lo había visto tanto como en él. Entre otros muchos principes y señores, eclesiásticos y seglares, que despues de la muerte de Ignacio escribieron á la Compañía, alabando al padre difunto, y consolando á los hijos vivos y animándolos, y ofreciéndoles su favor, fué uno Juan de Vega, que era entonces virey de Sicilia, y despues murió presidente de Consejo Real en Castilla, el cual había tenido mucha comunicacion con Ignacio, siendo embajador del emperador Carlos V en Roma, y despues de muerto escribió al padre maestro Lainez, que ya era vicario general, una carta, que por parecerme digna de tal varon, y á propósito de lo que tratamos, he querido poner aquí un capítulo della, que es el siguiente:

«Tres ó cuatro dias ántes que recibiese la carta que en nombre de vuestra reverencia me escribió el padre Polanco, avisándome del tránsito deste mundo para la gloria del cielo, del bienaventurado padre y maestro Ignacio, habíamos tenido acá esta nueva, aunque confusa, y con gran deseo y expectacion estábamos de saber la particularidad de su santo fin, y estado desa religiosa y santa Compañía, aunque no dudábamos punto de lo que ahora he visto por esta carta, y por la que tambien se es-

cribió al padre maestro Hierónimo, que la mano y guía de Dios había de ser siempre sobre ella. Mas verdaderamente se ha recibido gran consolacion y edificacion con haberlo visto así particularmente, aunque esta satisfaccion ha venido envuelta en alguna ternura y flaqueza humana, que no puede dejar de sentirse la ausencia y pérdida deste mundo de los que amamos en él. A nuestro Señor sean dadas infinitas gracias por haber recogido este su siervo para sí, al tiempo que juzgó ser más oportuno, con haber dejado acá tantos trofeos de su santidad y bondad, que no los gastará el tiempo, ni el aire, ni el agua, como otros que vemos ya deshechos, que fueron edificados por vanagloria y ambicion del mundo. Y considero yo el triunfo con que debe haber sido recibido en el cielo y honrado quien delante de sí lleva tantas victorias y batallas vencidas contra gentes tan extrañas y bárbaras, y apartadas de toda noticia de luz y religion, sino aquella que les fué alumbrada y abierta por este bienaventurado y santo capitán y por sus soldados. Y cuán justamente se puede poner en el cielo su estandarte con el de Santo Domingo y San Francisco, y otros santos á quien Dios dió gracia de que hubiesen victoria de las tentaciones y miserias deste mundo y librasen tantas almas del infierno; y cuán sin envidia será esta gloria y triunfo de la de los otros santos varones, y cuán diferentes de los triunfos y glorias deste mundo, llenas de tanta miseria y envidia, y con tanto daño y corrupción de la república; lo cual todo es de grande consolacion y de grande esfuerzo, para que la pena de la sensualidad, por mucha que sea, se consuele de semejante pérdida, y se espere que de allá del cielo aprovechará y podrá hacerlo mucho mejor con su religion, y todos los demas que tuvieron y tienen conocimiento y devocion con su santa persona. Hasta aquí son palabras de Juan de Vega. El padre maestro Juan de Ávila, predicador apostólico en Andalucía, y bien conocido en ella y en toda España por su excelente virtud, letras y prudencia, cuando supo que Dios había enviado al mundo á Ignacio y á sus compañeros, y entendió su instituto é intento, dijo que esto era tras lo que él tantos años con tanto deseo había andado, sino que no sabía atinar á ello; y que le había acontecido á él lo que á un niño que está á la halda de un monte, y desea y procura con todo su poder subir á él alguna cosa muy pesada, y no puede por sus pocas fuerzas, y despues viene un gigante y arrebatada de la carga que no puede llevar el niño, y con mucha facilidad la pone do quiere; haciéndose con esta comparacion, por su humildad pequeño, y á Ignacio gigante.

CAPÍTULO XVIII.

De la estatura y disposicion de su cuerpo.

Fué de estatura mediana, ó por mejor decir, algo pequeña, y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y muy bien dispuestos; tenía el rostro autorizado, la frente ancha y desarrugada, los ojos